

“Una rosa para Emily¹”

William Faulkner

I

Cuando la señorita Emily Grierson murió, el pueblo entero fue a su funeral; los hombres, a partir de una especie de afecto respetuoso por un monumento caído; las mujeres, fundamentalmente por la curiosidad de ver el interior de su casa, el cual nadie, salvo un viejo criado –una mezcla de jardinero y cocinero– había visitado, por lo menos en diez años.

Era una casa grande, de forma algo cuadrada, que una vez había sido blanca, decorada con cúpulas y capiteles y balcones con volutas en el estilo densamente ligero de los setenta, ubicada en lo que una vez había sido nuestra calle más selecta. Pero los talleres mecánicos y las desmotadoras de algodón habían invadido y borrado incluso los augustos nombres de ese barrio; solo quedó la casa de la señorita Emily, levantando su tozuda y coqueta decadencia por sobre los vagones de algodón y los surtidores de gasolina –una fealdad entre fealdades. Y ahora, la señorita Emily había ido a unirse a los representantes de aquellos nombres augustos, allí donde ellos yacían, en el cementerio confundido de cedros, entre las tumbas sin nombre, pero con rango, de los soldados confederados y de la Unión que cayeron en la batalla de Jefferson.

Viva, la señorita Emily había sido una tradición, un deber, y un cuidado; una especie de obligación hereditaria sobre el pueblo, que databa de aquel día de 1894 en que el Coronel Sartoris, el alcalde –él, que apadrinara el edicto de que ninguna mujer negra debía aparecer por las calles sin delantal– la eximió de impuestos, fechando la exención desde la muerte de su padre a perpetuidad. No es que la señorita Emily hubiese aceptado caridad alguna. El Coronel Sartoris inventó una enrevesada historia acerca de que el padre de la señorita Emily había prestado dinero al pueblo; el cual, el pueblo, por una cuestión de negocios, prefería devolver de esta manera. Sólo un hombre de la generación e ideas del Coronel Sartoris lo podría haber inventado, y sólo una mujer podría haberlo creído.

Cuando los de la generación siguiente, con sus ideas más modernas, llegaron a alcaldes y concejales, este arreglo creó una pequeña incomodidad. A primero de año le enviaron por correo un aviso de impuestos. Llegó febrero, y no hubo ninguna respuesta. Le escribieron una carta formal, pidiéndole que pasara por la oficina del alguacil según su conveniencia. Una semana después, el alcalde mismo le escribió ofreciéndole visitarla o enviarle su auto, y como respuesta recibió una nota en un papel de forma arcaica, en una caligrafía delgada y fluida, en tinta descolorida, a los efectos de aclarar que ella ya no salía de su casa en absoluto. Se adjuntaba también el aviso de impuestos, sin comentario alguno.

Llamaron a una reunión especial de la Junta de Concejales. Una diputación le presentó sus respetos, golpeó a la puerta que ningún visitante había traspasado desde que ella dejara de dar lecciones de pintura en porcelana ocho o diez años antes. Fueron admitidos por un negro anciano a un vestíbulo sombrío desde el cual subía una escalera a una penumbra más profunda aún. Olía a polvo y falta de uso –un olor a encierro, húmedo y malsano. El negro los guió a la sala de recibo. Tenía muebles pesados, tapizados de cuero. Cuando el negro abrió las persianas de una ventana, pudieron ver que el cuero estaba ajado, y cuando se sentaron, se elevó perezosamente un polvillo delgado alrededor de sus caderas, girando con lentas motas en un único rayo de sol. Sobre un caballete de un dorado deslustre, delante de la chimenea, se encontraba un retrato al pastel del padre de la señorita Emily.

Se levantaron cuando ella entró –una pequeña mujer obesa, vestida de negro, con una delgada cadena de oro descendiendo hasta su cintura y desvaneciéndose en su cinturón,

¹ Traducción de Gabriel Matelo.

Literatura Norteamericana

apoyándose en un bastón de ébano con puño de oro deslustrado. Su esqueleto era pequeño y enjuto; quizás era esa la razón por la cual lo que habría sido meramente gordura en otra, era obesidad en ella. Lucía hinchada, como un cuerpo por largo tiempo sumergido en agua inmóvil, y de ese pálido color. Sus ojos, perdidos en las arrugas regordetas de su rostro, parecían dos pequeños trozos de carbón encastrados en un trozo de masa mientras se movían de un rostro al otro, en tanto los visitantes exponían su misión.

No les pidió que se sentaran. Solo se paró en la puerta y escuchó silenciosamente, hasta que el vocero llegó a una trastabillante pausa. Entonces pudieron oír el tictac del reloj invisible al extremo de la cadena de oro.

Su voz fue seca y fría. “No tengo impuestos en Jefferson. El Coronel Sartoris me lo explicó. Quizás uno de ustedes pueda tener acceso a los registros de la ciudad y así queden satisfechos.”

“Pero lo hemos hecho. Somos las autoridades del pueblo, señorita Emily. “¿No recibió Ud. un aviso del alguacil, firmado por él?”

“Recibí un papel, sí,” dijo la señorita Emily. “Quizás él se considere el alguacil... Yo no tengo impuestos en Jefferson.”

“Pero no hay nada en los libros que lo demuestre, ya ve. Debemos atenernos al...”

“Vean al Coronel Sartoris. Yo no tengo impuestos en Jefferson.”

“Pero, señorita Emily...”

“Vean al Coronel Sartoris.” (El Coronel Sartoris estaba muerto desde hacía casi diez años). “Yo no tengo impuestos en Jefferson, ¡Tobe!” El Negro apareció. “Muéstrales a estos caballeros la salida.”

II

De manera que los derrotó, caballería e infantería juntas, exactamente como había derrotado a sus padres, treinta años antes, acerca del olor. Eso fue dos años después de la muerte de su padre y poco tiempo después de que su novio —que creímos se casaría con ella— la hubiera abandonado. Después de la muerte de su padre, ella salía muy poco; después de que su novio se fuera, la gente casi no la veía en absoluto. Unas pocas damas tuvieron la temeridad de llamar, pero no fueron recibidas, y la única señal de vida en la casa era el negro —un joven entonces— entrando y saliendo con la canasta de los mandados.

“Justo, como si un hombre —cualquier hombre— pudiera mantener una cocina en condiciones,” decían las damas; de manera que no se sorprendieron cuando apareció el olor. Era otro lazo entre el mundo adocenado y grosero y los poderosos y altaneros Grierson.

Una vecina se quejó al alcalde, el Juez Stevens, de ochenta años de edad.

“Pero ¿qué quiere usted que le haga, señora?” dijo.

“Cómo, envíele un aviso de que le ponga fin,” dijo la mujer. “¿No hay una ley?”

“Estoy seguro de que no será necesario,” dijo el Juez Stevens. “Probablemente sea solo una víbora o una rata que su negro mató en el patio. Le hablaré a él de eso.”

Al día siguiente recibió dos quejas más, una de un hombre que se acercó en tímida desaprobación. “Realmente debemos hacer algo acerca de eso, Juez. Yo sería el último en el mundo en molestar a la señorita Emily, pero tenemos que hacer algo.” Esa noche la Junta de Concejales se reunió —tres barbas grises y un hombre más joven, miembro de la nueva generación.

Literatura Norteamericana

“Está lo suficientemente claro,” dijo. “Envíenle un aviso de que haga limpiar su casa. Denle cierto tiempo para hacerlo, y si ella no...”

“Maldición, señor,” dijo el Juez Stevens, “¿acusaría usted a una dama en su propia cara de oler mal?”

De manera que la noche siguiente, después de la medianoche, cuatro hombres cruzaron el césped de la señorita Emily y se deslizaron en puntas de pie alrededor de la casa, como ladrones, oliendo a lo largo de la base del enladrillado y en las aberturas de la despensa, mientras uno de ellos ejecutaba un movimiento regular de siembra con su mano desde una bolsa que colgaba en su hombro. Irrumpieron por la puerta de la despensa y esparcieron cal muerta allí, y en todos los cobertizos. Mientras volvían a cruzar el césped, una ventana que había estado oscura se iluminó y la señorita Emily se sentó en ella, la luz detrás suyo, la parte superior de su torso inmóvil como el de un ídolo. Se deslizaron silenciosamente a través del césped y hacia las sombras de los algarrobos que ocupaban la vereda. Luego de una semana o dos, el olor desapareció.

Ese fue el momento en que la gente comenzó a sentirse realmente apenada por ella. La gente de nuestro pueblo, recordando cómo la anciana dama Wyatt, su tía abuela, finalmente se había vuelto loca por completo, creyeron que los Grierson se sobrestimaban un poquito demasiado para lo que realmente eran. Ninguno de los jóvenes era lo suficientemente bueno. Habíamos pensado largamente en ellos como un cuadro vivo: la señorita Emily, una delgada figura de blanco en el fondo, su padre, una silueta engalanada en primer plano, dándole la espalda y sujetando un látigo; ambos enmarcados por la puerta principal, entreabierta hacia adentro. De manera que cuando ella llegó a los treinta y era aún soltera, no estábamos realmente complacidos, pero sí resarcidos; incluso con la locura en la familia, ella no habría declinado todas sus oportunidades si realmente se hubieran materializado.

Cuando su padre murió, resultó ser que todo lo que le quedó a ella fue la casa; y de alguna manera, la gente estaba contenta. Por fin podían tenerle lástima a la señorita Emily. Habiendo quedado sola, e indigente, se había humanizado. Ahora ella también conocería el viejo estremecimiento y la vieja desesperación de un penique más o menos.

El día siguiente a la muerte de su padre, todas las damas se dispusieron a visitar la casa y ofrecer sus condolencias y su ayuda, como es nuestra costumbre. La señorita Emily los recibió en la puerta, vestida como siempre y sin ningún vestigio de pena en su rostro. Les contó que su padre no estaba muerto. Hizo eso durante tres días, mientras los ministros la visitaban y los doctores trataban de persuadirla de que les dejara disponer del cuerpo. Justo cuando estaban por recurrir a la ley y a la fuerza, se desmoronó, y rápidamente enterraron a su padre.

No dijimos entonces que estuviera loca. Creímos que ella tuvo que hacerlo así. Nos acordábamos de todos los jóvenes que su padre había echado, y supimos que no quedándole nada, ella se tendría que aferrar a aquello que la había privado de todo, como suele ocurrir.

III

Estuvo enferma por largo tiempo. Cuando la vimos de nuevo, tenía su cabello corto, haciéndola lucir como una niña, con una vaga semejanza a aquellos ángeles en los vitrales de iglesia –algo trágica y serena.

El pueblo acababa de abrir los contratos para pavimentar las veredas, y en el verano siguiente a la muerte de su padre, comenzaron los trabajos. La compañía de construcciones llegó con negros y mulas y maquinaria, y un capataz llamado Homer Barron, un yankee –hombre corpulento, oscuro y dispuesto, con un vozarrón y unos ojos más claros que su rostro. Los chiquitos lo seguían en grupos para oírlo maldecir a los negros, mientras los negros cantaban al ritmo del alzarse y caer de los picos. Muy pronto él conoció a todos en el pueblo. Toda vez que se oía un montón de carcajadas en cualquier parte de los alrededores de la plaza, Homer Barron

Literatura Norteamericana

se encontraba en el centro del grupo. Pronto comenzamos a verlos a él y a la señorita Emily, los domingos por la tarde, conduciendo la calesa de ruedas amarillas y el tiro de bayos de la caballeriza del pueblo.

Al comienzo estábamos contentos de que la señorita Emily tuviera ese interés, porque todas las damas decían: “Por supuesto que una Grierson no pensaría seriamente en un norteno, un jornalero.” Pero había incluso otros, gente más anciana, que decían que ni siquiera la pena podría hacer que una verdadera dama olvidara que noblesse oblige –sin llamarle noblesse oblige. Solo decían: “Pobre Emily. Sus parientes deberían detenerla.” Ella tenía parientes en Alabama; pero años atrás, su padre había reñido con ellos acerca de la heredad de la anciana dama Wyatt, la demente, y no había ninguna comunicación entre las dos familias. Ni siquiera habían sido representados en el funeral.

Y tan pronto como los ancianos dijeron: “Pobre Emily”, comenzaron las murmuraciones. “¿Crees que realmente es así?” se decían los unos a los otros. “Por supuesto que sí. Qué más podría...” Solapadamente, el susurro de la seda y el satín en los cuellos estirados tras las celosías cerradas al sol de tarde de domingo, mientras pasaba el ligero y veloz clop–clop–clop del tiro de caballos: “Pobre Emily.”

Ella mantuvo su cabeza erguida –incluso cuando creímos que había caído. Era como si ella demandara, más que nunca, el reconocimiento de su dignidad como la última Grierson; como si se hubiese requerido ese toque de baja para reafirmar su desdén. Como cuando compró el veneno para ratas, el arsénico. Eso fue más de un año después de que hubieran comenzado a decir “Pobre Emily”, y mientras las dos primas estaban de visita.

“Quiero veneno,” le dijo al boticario. Tenía más de treinta entonces, aún una mujer frágil, aunque más delgada que lo usual, con ojos negros, fríos y altaneros, en un rostro cuya carne aparecía tirante sobre las sienes y alrededor de las órbitas de sus ojos, como uno se imagina que debe lucir el rostro del guardián de un faro. “quiero veneno,” dijo.

“Sí, señorita Emily, “¿de qué clase? “Para ratas o algo por el estilo? Yo recomen...”

“Quiero lo mejor que tenga. No importa qué clase.”

El boticario nombró varios. “Matarán cualquier cosa, hasta un elefante. Pero lo que usted quiere es...”

“Arsénico,” dijo la señorita Emily, “¿es bueno eso?”

“Es... el arsénico? Sí, señora. Pero lo que usted quiere...”

“Quiero arsénico.”

El boticario descendió sus ojos hacia ella. Ella le devolvió la mirada, erguida, su rostro como una bandera tensa. “Sí, por supuesto,” dijo el boticario. “Si es eso lo que usted quiere. Pero la ley requiere que diga para qué lo va a usar.”

La señorita Emily solo lo miró fijo, su cabeza inclinada hacia atrás, de manera de mirarlo a los ojos, hasta que él desvió la mirada y fue y sacó el arsénico y lo envolvió. El negrito de los repartos le trajo el paquete; el boticario no volvió. Cuando ella abrió el paquete en casa, en la caja estaba escrito, debajo de la calavera y los huesos: “Para ratas.”

IV

De manera que al día siguiente todos dijimos: “se matará,” y dijimos que sería lo mejor. Cuando se la comenzó a ver con Homer Barron, habíamos dicho: “se casará con ella.” Luego dijimos: “Ella ya lo persuadirá,” porque Homer mismo había remarcado que no era un hombre casadero; le caían bien los hombres, y se sabía que bebía con otros más jóvenes en el Elk's Club.

Literatura Norteamericana

Más tarde dijimos: “Pobre Emily” tras las celosías, mientras pasaban los domingos a la tarde en la reluciente calesa, la señorita Emily con su cabeza erguida y Homer Barron con su sombrero engrñado y un cigarro entre sus dientes, riendas y látigo en un guante amarillo.

Entonces algunas damas comenzaron a decir que era una desgracia para el pueblo y un mal ejemplo para la juventud. Los hombres no querían interferir, pero finalmente las damas forzaron al ministro bautista –la familia de la señorita Emily eran episcopales– a llamarle la atención. El nunca divulgaría lo que ocurrió durante esa entrevista, pero se rehusó a volver. El domingo siguiente nuevamente condujeron la calesa a través de las calles, y al día siguiente, la esposa del ministro les escribió a las parientes de la señorita Emily en Alabama.

De manera que tuvo parientes sanguíneos bajo su techo otra vez y nosotros nos sentamos a observar el desarrollo de los acontecimientos. Al principio, nada ocurrió. Después estuvimos seguros de que se irían a casar. Nos enteramos de que la señorita Emily había estado en la joyería y había ordenado un juego de toilet de plata para hombre, con las letras H. B. en cada pieza. Dos días después, nos enteramos de que había comprado un conjunto completo de ropa para hombre, incluyendo una camisa de dormir, y dijimos: “Están casados”. Realmente estábamos contentos. Estábamos contentos porque las dos primas eran aun más Grierson que lo que la señorita Emily nunca hubiera sido.

De manera que no nos sorprendimos cuando Homer Barron se fue –las calles habían sido concluidas desde algún tiempo atrás. Nos decepcionamos un poco de que no hubiera ningún arrebató en público, pero creímos que él se había ido a preparar la llegada de la señorita Emily, o para darle una oportunidad de deshacerse de las primas. (Por entonces era una confabulación, y todos éramos aliados de la señorita Emily para ayudarla a salvar el obstáculo que las primas representaban). Casi seguro, partieron una semana después. Y, como lo habíamos supuesto todo el tiempo, dentro de los tres días, Homer Barron estaba de regreso en el pueblo. Un vecino vio que el negro lo admitía por la puerta de la cocina un anochecer.

Y eso fue lo último que vimos de Homer Barron. Y de la señorita Emily, por algún tiempo. El negro entraba y salía con su canasta de las compras, pero la puerta principal permanecía cerrada. De vez en cuando solíamos verla por un momento en la ventana, como la vieron los hombres aquella noche en que esparcieron la cal muerta, pero por casi seis meses ella no apareció por las calles. Luego supimos que esto también era de esperarse, como si aquella cualidad de su padre que tantas veces había frustrado su vida como mujer, hubiera sido demasiado virulenta y demasiado furiosa para morir.

La siguiente vez que vimos la señorita Emily, había engordado y su cabello se había vuelto gris. Durante los pocos años que siguieron, se volvió más y más gris hasta que alcanzó un uniforme gris metal, como de sal y pimienta; luego dejó de cambiar. Hasta el día de su muerte, a los sesenta y cuatro, mantuvo siempre ese vigoroso gris metal, como el cabello de un hombre enérgico.

De aquella época en adelante, su puerta principal permaneció cerrada, salvo por un período de seis o siete años, cuando ella rondaba los cuarenta, durante los cuales dio lecciones de pintura en porcelana. Arregló un estudio en uno de los cuartos de la planta baja, a donde se enviaba a las hijas y nietas de los contemporáneos del Coronel Sartoris, con la misma regularidad y el mismo espíritu con que eran enviadas a la Iglesia los domingos con una moneda de veinticinco centavos para la recolección. En el ínterin, había sido eximida de pagar impuestos.

Luego, la nueva generación se transformó en la médula y el espíritu del pueblo, y las alumnas de pintura crecieron y se alejaron y no le enviaron a sus hijas con las cajas de colores y los tediosos pinceles y figuras recortadas de las revistas femeninas. La puerta principal se cerró tras la última y permaneció cerrada para siempre. Cuando el pueblo obtuvo el reparto postal

Literatura Norteamericana

gratis, la señorita Emily sola se rehusó a permitirles colocar los números de metal sobre su puerta y sujetarle un buzón. No estuvo dispuesta a escucharlos.

Diaria, mensual, anualmente observábamos que el negro encanecía y se encorbaba, entrando y saliendo con la canasta de los mandados. Cada diciembre, le enviábamos a ella un aviso de impuestos, el cual retornaría a la oficina postal, una semana después, sin reclamo. De vez en cuando, solíamos verla en una de las ventanas de la planta baja –evidentemente ella había cerrado el piso superior de la casa– como el torso esculpido de un ídolo en un nicho, mirándonos o no, nunca lo supimos. Así pasó de generación en generación –querida, ineludible, impenetrable, tranquila, y perversa.

Y entonces murió. Cayó enferma en la casa llena de polvo y sombras, con solo un negro chocheante para servirle. Ni siquiera supimos que estaba enferma, hacía tiempo que habíamos dejado de tratar de obtener alguna información por el negro. No hablaba con nadie, probablemente ni siquiera con ella, ya que su voz se había vuelto áspera y aherrumbrada, como por falta de uso.

Ella murió en una de las habitaciones de abajo, en una pesada cama de nogal con cortinas, su cabeza gris apoyada en una almohada amarilla y mohosa de años y falta de sol.

V

El negro recibió a las primeras damas en la puerta principal y las dejó entrar, con sus voces bajas y sibilantes, y sus miradas rápidas y curiosas, y luego desapareció. Atravesó la casa y salió por detrás, y no se lo volvió a ver.

Las dos primas llegaron inmediatamente. Celebraron el funeral al segundo día, al cual todo el mundo concurrió, a mirar a la señorita Emily bajo una masa de flores compradas, con el retrato al pastel de su padre meditando profundamente por encima del féretro y las damas sibilantes y macabras; y los hombres muy ancianos –algunos en sus lustrados uniformes confederados– en el porche y el césped, hablando de la señorita Emily como si ella hubiera sido contemporánea suya, creyendo que habían bailado con ella y que quizás la habían cortejado, confundiendo el tiempo con su progresión matemática, como suelen hacerlo los viejos, para quienes todo el pasado no es un camino que decrece sino, en cambio, una enorme pradera, a la que ningún invierno toca nunca, separada de ellos, ahora, por el angosto cuello de botella de la década más reciente.

Ya sabíamos que había una habitación en aquella región escaleras arriba que nadie había visto por cuarenta años, y que tendría que ser forzada. Esperaron hasta que la señorita Emily fuera decentemente puesta en tierra antes de abrirla.

La violencia de la irrupción pareció llenar esta habitación de polvo flotante. Un acre y delgado palio, como el de la tumba, parecía cubrir toda la habitación engalanada y amueblada como para un desposorio: sobre las cortinas de descolorido rosa, sobre las luces de pantallas rosa, sobre el vestidor, sobre el delicado adorno de cristal y los implementos masculinos de toilet bañados en deslustrada plata, plata tan deslustrada que el monograma aparecía oscurecido. Entre ellos yacía un cuello y corbata, como si recién hubieran sido desprendidos, los cuales, al ser levantados, dejaron sobre la superficie una pálida medialuna en el polvo. Sobre una silla colgaba un traje, cuidadosamente doblado; debajo, los dos zapatos mudos y las medias desechadas.

El hombre mismo estaba en la cama.

Por un largo rato solo nos quedamos de pie allí, mirando la profunda y descarnada mueca. Aparentemente, el cuerpo alguna vez se había encontrado en la pose de un abrazo, pero ahora, el largo sueño que sobrevive al amor, que conquista incluso la mueca del amor, le había metido los cuernos. Lo que quedaba de él, corrompido bajo lo que quedaba de su camisa de dormir, se

Literatura Norteamericana

confundía inextricablemente con la cama en la cual yacía; sobre él y sobre la almohada a su lado, se depositaba esa capa uniforme de paciente y obligado polvo.

Luego, advertimos que en la segunda almohada aparecía la hendedura de una cabeza. Uno de nosotros levantó algo de ella, y estirándonos hacia adelante, ese polvo débil e invisible, seco y acre en la nariz, vimos una larga hebra de cabello gris metal.

A Rose for Emily

I

WHEN Miss Emily Grierson died, our whole town went to her funeral: the men through a sort of respectful affection for a fallen monument, the women mostly out of curiosity to see the inside of her house, which no one save an old man-servant--a combined gardener and cook--had seen in at least ten years.

It was a big, squarish frame house that had once been white, decorated with cupolas and spires and scrolled balconies in the heavily lightsome style of the seventies, set on what had once been our most select street. But garages and cotton gins had encroached and obliterated even the august names of that neighborhood; only Miss Emily's house was left, lifting its stubborn and coquettish decay above the cotton wagons and the gasoline pumps--an eyesore among eyesores. And now Miss Emily had gone to join the representatives of those august names where they lay in the cedar-bemused cemetery among the ranked and anonymous graves of Union and Confederate soldiers who fell at the battle of Jefferson.

Alive, Miss Emily had been a tradition, a duty, and a care; a sort of hereditary obligation upon the town, dating from that day in 1894 when Colonel Sartoris, the mayor--he who fathered the edict that no Negro woman should appear on the streets without an apron--remitted her taxes, the dispensation dating from the death of her father on into perpetuity. Not that Miss Emily would have accepted charity. Colonel Sartoris invented an involved tale to the effect that Miss Emily's father had loaned money to the town, which the town, as a matter of business, preferred this way of repaying. Only a man of Colonel Sartoris' generation and thought could have invented it, and only a woman could have believed it.

When the next generation, with its more modern ideas, became mayors and aldermen, this arrangement created some little dissatisfaction. On the first of the year they mailed her a tax notice. February came, and there was no reply. They wrote her a formal letter, asking her to call at the sheriff's office at her convenience. A week later the mayor wrote her himself, offering to call or to send his car for her, and received in reply a note on paper of an archaic shape, in a thin, flowing calligraphy in faded ink, to the effect that she no longer went out at all. The tax notice was also enclosed, without comment.

They called a special meeting of the Board of Aldermen. A deputation waited upon her, knocked at the door through which no visitor had passed since she ceased giving china-painting lessons eight or ten years earlier. They were admitted by the old Negro into a dim hall from which a stairway mounted into still more shadow. It smelled of dust and disuse--a close, dank smell. The Negro led them into the parlor. It was furnished in heavy, leather-covered furniture. When the Negro opened the blinds of one window, they could see that the leather was cracked; and when they sat down, a faint dust rose sluggishly about their thighs, spinning with slow motes in the single sun-ray. On a tarnished gilt easel before the fireplace stood a crayon portrait of Miss Emily's father.

They rose when she entered--a small, fat woman in black, with a thin gold chain descending to her waist and vanishing into her belt, leaning on an ebony cane with a tarnished gold head. Her skeleton was small and spare; perhaps that was why what would have been merely plumpness in another was obesity in her. She looked bloated, like a body long submerged in motionless water, and of that pallid hue. Her eyes, lost in the fatty ridges of her face, looked like two small pieces of coal pressed into a lump of dough as they moved from one face to another while the visitors stated their errand.

Literatura Norteamericana

She did not ask them to sit. She just stood in the door and listened quietly until the spokesman came to a stumbling halt. Then they could hear the invisible watch ticking at the end of the gold chain.

Her voice was dry and cold. "I have no taxes in Jefferson. Colonel Sartoris explained it to me. Perhaps one of you can gain access to the city records and satisfy yourselves."

"But we have. We are the city authorities, Miss Emily. Didn't you get a notice from the sheriff, signed by him?"

"I received a paper, yes," Miss Emily said. "Perhaps he considers himself the sheriff... I have no taxes in Jefferson."

"But there is nothing on the books to show that, you see We must go by the--"

"See Colonel Sartoris. I have no taxes in Jefferson."

"But, Miss Emily--"

"See Colonel Sartoris." (Colonel Sartoris had been dead almost ten years.) "I have no taxes in Jefferson. Tobe!" The Negro appeared. "Show these gentlemen out."

II

So she vanquished them, horse and foot, just as she had vanquished their fathers thirty years before about the smell.

That was two years after her father's death and a short time after her sweetheart--the one we believed would marry her --had deserted her. After her father's death she went out very little; after her sweetheart went away, people hardly saw her at all. A few of the ladies had the temerity to call, but were not received, and the only sign of life about the place was the Negro man--a young man then--going in and out with a market basket.

"Just as if a man--any man--could keep a kitchen properly," the ladies said; so they were not surprised when the smell developed. It was another link between the gross, teeming world and the high and mighty Griersons.

A neighbor, a woman, complained to the mayor, Judge Stevens, eighty years old.

"But what will you have me do about it, madam?" he said.

"Why, send her word to stop it," the woman said. "Isn't there a law? "

"I'm sure that won't be necessary," Judge Stevens said. "It's probably just a snake or a rat that nigger of hers killed in the yard. I'll speak to him about it."

The next day he received two more complaints, one from a man who came in diffident deprecation. "We really must do something about it, Judge. I'd be the last one in the world to bother Miss Emily, but we've got to do something." That night the Board of Aldermen met--three graybeards and one younger man, a member of the rising generation.

"It's simple enough," he said. "Send her word to have her place cleaned up. Give her a certain time to do it in, and if she don't. ..."

"Dammit, sir," Judge Stevens said, "will you accuse a lady to her face of smelling bad?"

So the next night, after midnight, four men crossed Miss Emily's lawn and slunk about the house like burglars, sniffing along the base of the brickwork and at the cellar openings while one of them performed a regular sowing motion with his hand out of a sack slung from his shoulder. They broke open the cellar door and sprinkled lime there, and in all the outbuildings. As they recrossed the lawn, a window that had been dark was lighted and Miss Emily sat in it,

Literatura Norteamericana

the light behind her, and her upright torso motionless as that of an idol. They crept quietly across the lawn and into the shadow of the locusts that lined the street. After a week or two the smell went away.

That was when people had begun to feel really sorry for her. People in our town, remembering how old lady Wyatt, her great-aunt, had gone completely crazy at last, believed that the Griersons held themselves a little too high for what they really were. None of the young men were quite good enough for Miss Emily and such. We had long thought of them as a tableau, Miss Emily a slender figure in white in the background, her father a spraddled silhouette in the foreground, his back to her and clutching a horsewhip, the two of them framed by the back-flung front door. So when she got to be thirty and was still single, we were not pleased exactly, but vindicated; even with insanity in the family she wouldn't have turned down all of her chances if they had really materialized.

When her father died, it got about that the house was all that was left to her; and in a way, people were glad. At last they could pity Miss Emily. Being left alone, and a pauper, she had become humanized. Now she too would know the old thrill and the old despair of a penny more or less.

The day after his death all the ladies prepared to call at the house and offer condolence and aid, as is our custom Miss Emily met them at the door, dressed as usual and with no trace of grief on her face. She told them that her father was not dead. She did that for three days, with the ministers calling on her, and the doctors, trying to persuade her to let them dispose of the body. Just as they were about to resort to law and force, she broke down, and they buried her father quickly.

We did not say she was crazy then. We believed she had to do that. We remembered all the young men her father had driven away, and we knew that with nothing left, she would have to cling to that which had robbed her, as people will.

III

She was sick for a long time. When we saw her again, her hair was cut short, making her look like a girl, with a vague resemblance to those angels in colored church windows--sort of tragic and serene.

The town had just let the contracts for paving the sidewalks, and in the summer after her father's death they began the work. The construction company came with riggers and mules and machinery, and a foreman named Homer Barron, a Yankee--a big, dark, ready man, with a big voice and eyes lighter than his face. The little boys would follow in groups to hear him cuss the niggers, and the niggers singing in time to the rise and fall of picks. Pretty soon he knew everybody in town. Whenever you heard a lot of laughing anywhere about the square, Homer Barron would be in the center of the group. Presently we began to see him and Miss Emily on Sunday afternoons driving in the yellow-wheeled buggy and the matched team of bays from the livery stable.

At first we were glad that Miss Emily would have an interest, because the ladies all said, "Of course a Grierson would not think seriously of a Northerner, a day laborer." But there were still others, older people, who said that even grief could not cause a real lady to forget noblesse oblige--without calling it noblesse oblige. They just said, "Poor Emily. Her kinsfolk should come to her." She had some kin in Alabama; but years ago her father had fallen out with them over the estate of old lady Wyatt, the crazy woman, and there was no communication between the two families. They had not even been represented at the funeral.

And as soon as the old people said, "Poor Emily," the whispering began. "Do you suppose it's really so?" they said to one another. "Of course it is. What else could . . ." This

Literatura Norteamericana

behind their hands; rustling of craned silk and satin behind jalousies closed upon the sun of Sunday afternoon as the thin, swift clop-clop-clop of the matched team passed: "Poor Emily."

She carried her head high enough--even when we believed that she was fallen. It was as if she demanded more than ever the recognition of her dignity as the last Grierson; as if it had wanted that touch of earthiness to reaffirm her imperviousness. Like when she bought the rat poison, the arsenic. That was over a year after they had begun to say "Poor Emily," and while the two female cousins were visiting her.

"I want some poison," she said to the druggist. She was over thirty then, still a slight woman, though thinner than usual, with cold, haughty black eyes in a face the flesh of which was strained across the temples and about the eyesockets as you imagine a lighthouse-keeper's face ought to look. "I want some poison," she said.

"Yes, Miss Emily. What kind? For rats and such? I'd recom--"

"I want the best you have. I don't care what kind."

The druggist named several. "They'll kill anything up to an elephant. But what you want is--"

"Arsenic," Miss Emily said. "Is that a good one?"

"Is... arsenic? Yes, ma'am. But what you want--"

"I want arsenic."

The druggist looked down at her. She looked back at him, erect, her face like a strained flag. "Why, of course," the druggist said. "If that's what you want. But the law requires you to tell what you are going to use it for."

Miss Emily just stared at him, her head tilted back in order to look him eye for eye, until he looked away and went and got the arsenic and wrapped it up. The Negro delivery boy brought her the package; the druggist didn't come back. When she opened the package at home there was written on the box, under the skull and bones: "For rats."

IV

So the next day we all said, "She will kill herself"; and we said it would be the best thing. When she had first begun to be seen with Homer Barron, we had said, "She will marry him." Then we said, "She will persuade him yet," because Homer himself had remarked--he liked men, and it was known that he drank with the younger men in the Elks' Club--that he was not a marrying man. Later we said, "Poor Emily" behind the jalousies as they passed on Sunday afternoon in the glittering buggy, Miss Emily with her head high and Homer Barron with his hat cocked and a cigar in his teeth, reins and whip in a yellow glove.

Then some of the ladies began to say that it was a disgrace to the town and a bad example to the young people. The men did not want to interfere, but at last the ladies forced the Baptist minister--Miss Emily's people were Episcopal-- to call upon her. He would never divulge what happened during that interview, but he refused to go back again. The next Sunday they again drove about the streets, and the following day the minister's wife wrote to Miss Emily's relations in Alabama.

So she had blood-kin under her roof again and we sat back to watch developments. At first nothing happened. Then we were sure that they were to be married. We learned that Miss Emily had been to the jeweler's and ordered a man's toilet set in silver, with the letters H. B. on each piece. Two days later we learned that she had bought a complete outfit of men's clothing,

Literatura Norteamericana

including a nightshirt, and we said, "They are married." We were really glad. We were glad because the two female cousins were even more Grierson than Miss Emily had ever been.

So we were not surprised when Homer Barron--the streets had been finished some time since--was gone. We were a little disappointed that there was not a public blowing-off, but we believed that he had gone on to prepare for Miss Emily's coming, or to give her a chance to get rid of the cousins. (By that time it was a cabal, and we were all Miss Emily's allies to help circumvent the cousins.) Sure enough, after another week they departed. And, as we had expected all along, within three days Homer Barron was back in town. A neighbor saw the Negro man admit him at the kitchen door at dusk one evening.

And that was the last we saw of Homer Barron. And of Miss Emily for some time. The Negro man went in and out with the market basket, but the front door remained closed. Now and then we would see her at a window for a moment, as the men did that night when they sprinkled the lime, but for almost six months she did not appear on the streets. Then we knew that this was to be expected too; as if that quality of her father which had thwarted her woman's life so many times had been too virulent and too furious to die.

When we next saw Miss Emily, she had grown fat and her hair was turning gray. During the next few years it grew grayer and grayer until it attained an even pepper-and-salt iron-gray, when it ceased turning. Up to the day of her death at seventy-four it was still that vigorous iron-gray, like the hair of an active man.

From that time on her front door remained closed, save for a period of six or seven years, when she was about forty, during which she gave lessons in china-painting. She fitted up a studio in one of the downstairs rooms, where the daughters and granddaughters of Colonel Sartoris' contemporaries were sent to her with the same regularity and in the same spirit that they were sent to church on Sundays with a twenty-five-cent piece for the collection plate. Meanwhile her taxes had been remitted.

Then the newer generation became the backbone and the spirit of the town, and the painting pupils grew up and fell away and did not send their children to her with boxes of color and tedious brushes and pictures cut from the ladies' magazines. The front door closed upon the last one and remained closed for good. When the town got free postal delivery, Miss Emily alone refused to let them fasten the metal numbers above her door and attach a mailbox to it. She would not listen to them.

Daily, monthly, yearly we watched the Negro grow grayer and more stooped, going in and out with the market basket. Each December we sent her a tax notice, which would be returned by the post office a week later, unclaimed. Now and then we would see her in one of the downstairs windows--she had evidently shut up the top floor of the house--like the carved torso of an idol in a niche, looking or not looking at us, we could never tell which. Thus she passed from generation to generation--dear, inescapable, impervious, tranquil, and perverse.

And so she died. Fell ill in the house filled with dust and shadows, with only a doddering Negro man to wait on her. We did not even know she was sick; we had long since given up trying to get any information from the Negro

He talked to no one, probably not even to her, for his voice had grown harsh and rusty, as if from disuse.

She died in one of the downstairs rooms, in a heavy walnut bed with a curtain, her gray head propped on a pillow yellow and moldy with age and lack of sunlight.

V

The negro met the first of the ladies at the front door and let them in, with their hushed, sibilant voices and their quick, curious glances, and then he disappeared. He walked right through the house and out the back and was not seen again.

The two female cousins came at once. They held the funeral on the second day, with the town coming to look at Miss Emily beneath a mass of bought flowers, with the crayon face of her father musing profoundly above the bier and the ladies sibilant and macabre; and the very old men --some in their brushed Confederate uniforms--on the porch and the lawn, talking of Miss Emily as if she had been a contemporary of theirs, believing that they had danced with her and courted her perhaps, confusing time with its mathematical progression, as the old do, to whom all the past is not a diminishing road but, instead, a huge meadow which no winter ever quite touches, divided from them now by the narrow bottle-neck of the most recent decade of years.

Already we knew that there was one room in that region above stairs which no one had seen in forty years, and which would have to be forced. They waited until Miss Emily was decently in the ground before they opened it.

The violence of breaking down the door seemed to fill this room with pervading dust. A thin, acrid pall as of the tomb seemed to lie everywhere upon this room decked and furnished as for a bridal: upon the valance curtains of faded rose color, upon the rose-shaded lights, upon the dressing table, upon the delicate array of crystal and the man's toilet things backed with tarnished silver, silver so tarnished that the monogram was obscured. Among them lay a collar and tie, as if they had just been removed, which, lifted, left upon the surface a pale crescent in the dust. Upon a chair hung the suit, carefully folded; beneath it the two mute shoes and the discarded socks.

The man himself lay in the bed.

For a long while we just stood there, looking down at the profound and fleshless grin. The body had apparently once lain in the attitude of an embrace, but now the long sleep that outlasts love, that conquers even the grimace of love, had cuckolded him. What was left of him, rotted beneath what was left of the nightshirt, had become inextricable from the bed in which he lay; and upon him and upon the pillow beside him lay that even coating of the patient and biding dust.

Then we noticed that in the second pillow was the indentation of a head. One of us lifted something from it, and leaning forward, that faint and invisible dust dry and acrid in the nostrils, we saw a long strand of iron-gray hair.